

Reseña

Jorge Aurelio Díaz¹

Falque, Emmanuel. Dios, la carne y el otro. De Ireneo a Duns Escoto: reflexiones fenomenológicas. Bogotá: Siglo del Hombre Editores – Universidad Católica de Colombia, 2012.

El autor, Decano de Filosofía del Instituto Católico de París, es doctor en Filosofía y especialista en Fenomenología y Teología. Su punto de partida es la posibilidad de leer *filosóficamente*, desde la Fenomenología, los grandes autores patrísticos y medievales, incluso en sus tesis de carácter teológico. Como bien lo señala el título del libro, centra su atención en tres grandes temas de la Fenomenología Contemporánea, que lo son igualmente de la Teología: la forma de pensar y hablar de *Dios*, el sentido de la *carne* y su relación con el cuerpo, y la singularidad del *otro* en la relación intersubjetiva.

Para cada uno de esos temas ha escogido tres pensadores cristianos que han reflexionado sobre ellos de manera significativa. En el caso de *Dios*, se trata, en primer lugar, de Agustín de Hipona (Cap. I), en el que se manifiesta una especial tensión entre Metafísica y Teología al tratar de pensar al Dios trinitario de la revelación; tensión que lo lleva a sugerir la posibilidad de reordenar las categorías aristotélicas para hacer que la relación preceda a la sustancia, adelantándose así a una de las características del pensamiento moderno. Viene luego, Juan Escoto Erígena (Cap. II), figura realmente singular en el panorama de la Teología Medieval. Con su idea de “Dios fenómeno”, de resonancias neoplatónicas, viene a desbordar ampliamente al Dios categorial agustiniano. Y, finalmente, el místico Meister Eckhart (Cap. III) viene a completar la ardua tarea de concebir la divinidad, al buscar despojarla de todo carácter de cosa. Para ello elabora, mediante una genuina “reducción fenomenológica”, su famosa tesis según la cual *Deus nescit se quid est quia non est quid* (Dios ignora lo que Él es, porque Él no es un qué (algo)).

En cuanto al tema de la *carne*, que la Fenomenología Contemporánea ha insistido en diferenciar del *cuerpo* (*Leib-Körper*), el análisis comienza con Ireneo (Cap. IV), para quien la carne, lejos de ser un obstáculo para acercarnos a Dios, constituye más

¹ Profesor Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: jadiaz9@cable.net.co.

bien el vehículo de su presencia, presentida en Adán y realizada en Cristo. Ahora bien, “de Ireneo a Tertuliano (Cap. V) –señala Falque– la consecuencia es buena. Es cierto que los contextos son diferentes (mundo griego y mundo latino), pero la pretensión sigue siendo la misma: mostrar que el cristianismo es esencialmente carnal –del «Verbo hecho carne» en la encarnación, a la «carne convertida en Verbo» en la resurrección”. Y en tercer lugar, la impronta franciscana de San Buenaventura (Cap. VI), quien, sin conocer a sus predecesores, enriquece la doctrina con la propuesta de una “conversión de los sentidos”. Falque cita para ello a Hans Urs von Balthasar: “Orígenes, por así decirlo, descubrió la doctrina de los cinco sentidos espirituales (...), hasta el momento en que el arroyuelo se crece súbitamente, en San Buenaventura, para convertirse en un verdadero río”.

Finalmente, el tema del *otro* (intersubjetividad), que con buenos motivos suele considerarse como un aporte original de la Filosofía del siglo XX; sin embargo, anota Falque retomando los dos temas anteriores, “es precisamente porque lo divino mismo adquiere un estatuto de sujeto que engendra (Primera parte), y porque la función de la carne hace ver su visibilidad, así como su consistencia (Segunda parte), por lo que ya no se podrá hablar de la alteridad en los mismos términos (Tercera parte)”. Prueba de ello será, en Primer lugar, Orígenes (Cap. VII) y su concepción de la *comunidad de los santos*: “Si la comunidad es un modo de la intersubjetividad (Husserl), o mejor, si el «ser-con» es un modo fundador del «ser-sí-mismo» (Heidegger), la espera teológica de un estar juntos (al) final en la comunidad de los santos tendrá entonces algo que decir acerca de la búsqueda filosófica actual de una comunidad que no sea un simple agregado de individualidades”.

Ahora bien, la alteridad viene a constituirse de manera plena con la interpretación que ofrece Tomás de Aquino (Cap. VIII) de la *alteridad angélica*: “cuando un ángel «conoce (*cognoscit*) a otro ángel» (S. T. Ia, q. 56, a. 2), un *ego* descubre también un *alter ego*. El cielo de la Teología sirve aquí, una vez más, de modelo para renovar la tierra de la Filosofía: la alteridad angélica para la formación de la intersubjetividad”. Porque lo que el teólogo se propone comprender es precisamente cómo concebir la comunicación entre seres que son por su misma naturaleza “heterogéneos”.

Por último, la alteridad alcanza toda su plenitud cuando Juan Duns Escoto (Cap. IX) asume las consecuencias epistemológicas de nuestra contingencia: el singular como tal (*haecceitas*) sólo podemos conocerlo de manera indirecta, lo que no significa ignorarlo por completo; “y es tal vez aquí –dice Falque– donde se muestra la fina agudeza de la *haecceidad* escotista: como yo no capto *de manera puramente intelectual* la singularidad, yo la experimento mejor según una moción pura de mi *voluntad*. El primado del querer sobre el intelecto, que lo subsume más bien que

negarlo, hace efectivamente de la singularidad, para nosotros en este mundo, el lugar de una *prueba* o de un *goce*, más que de un conocimiento o de una visión de esencia”.

“Es cierto –nos dice el autor– que los conceptos de Dios, la carne y el otro pertenecen de manera ejemplar al campo de la Fenomenología Contemporánea, pero encuentran en el *corpus* de la Filosofía Patrística y Medieval no solamente dónde echar raíces, sino también cómo renovarse. Es lo que este escrito ha intentado hacer, dejando a otros la tarea de reaccionar ante ello y de intentar transformarlo”. Un libro que espera ser leído y comentado tanto por teólogos como por filósofos, y por todos aquellos que se interesan en las vertientes del pensamiento contemporáneo.

